

Editorial Planeta 



A la venta el 3 de junio

Nº de páginas: 352 – PVP: 19,90€

MARUJA TORRES

Maruja Torres (Barcelona, 1943) es una de las periodistas más reconocidas de España. Ha publicado dos novelas de humor *¡Oh, es él!* (1986) y *Ceguera de amor* (1991), un libro de viajes, *Amor América* (1993), y la recopilación de artículos periodísticos *Como una gota* (1995). Su novela vagamente autobiográfica *Un calor tan cercano* (1998) y sus memorias como periodista *Mujer en guerra* (1999) alcanzaron gran éxito de público y crítica. Con *Mientras vivimos*, la novela que le valió el Premio Planeta en el año 2000 y llegó a medio millón de lectores, se consolidó como una de las novelistas más destacadas de nuestros días, hecho que revalidó con *Hombres de lluvia* (2004) y *La amante en guerra* (2007). En 2006 recibió la Medalla de Oro a las Bellas Artes por su contribución a la cultura. *Esperadme en el cielo*, un precioso homenaje a sus grandes amigos Terenci Moix y Manuel Vázquez Montalbán, resultó merecedora del Premio Nadal en el año 2009.

Sus últimas novelas, *Fácil de matar* (2011) y *Sin entrañas* (2012), han supuesto una exitosa incursión en la novela negra. Columnista habitual de prensa, sus artículos pueden leerse en eldiario.es y Mongolia.

Adicta de la red 2.0, su blog tiene más de cien mil usuarios únicos y recibe cerca de cinco mil visitas diarias.

Diez veces siete

Una chica de barrio nunca se rinde

Entre *Un calor tan cercano* y *Mujer en guerra*, Maruja Torres nos sorprende con este intenso ajuste de cuentas con la vida.

La obra de una periodista de raza que invita al lector a acompañarla por los recuerdos más potentes de sus setenta años.

Esa niña desobediente, enfermiza y de gran imaginación que fue Maria Dolores Torres Manzanera, ahora tiene tantos años como diez veces siete, tantas experiencias personales y profesionales a sus espaldas como para poder mirar atrás sin rencor, quizás con nostalgia, pero siempre con justicia. Esa jovencita que soñaba con un elegante extranjero que la rescatara, hoy está encarnada en Maruja Torres, una periodista de raza que se plantea este ‘aquí y ahora’ como el momento adecuado para hacer un ejercicio activo de memoria, para repasar aquellos acontecimientos que por unas razones u otras quedan indelebles en la pátina de la vida.

«Porque el aquí y el ahora de hoy precisan del ayer, pero más todavía les conviene dotarse de sentido, y eso lo hago revisando el camino que dista entre un punto y otro de mi biografía. Entre lo que casi fue el principio y, aparentemente, todavía no es el fin. Aunque nunca se sabe».

Diez veces siete es una autobiografía novelada que arranca en mayo de 2013, precisamente cuando, tras treinta años trabajando para el diario El País, la autora es invitada a dejar la sección de Opinión del periódico. Lo que vino después es de sobra conocido, pero aquí el lector podrá asistir de primera mano a los hechos tal y como sucedieron. Podrá adentrarse en los impulsos y reflexiones de una periodista en crisis, saber de sus mordaces opiniones en torno al oficio actual del periodismo, y comulgar, o no, con su particular visión de la situación interna de un rotativo que durante años fue ejemplo de pluralidad, pero en el que hoy más que nunca, y utilizando palabras de la escritora, “faltan indios y sobran capitanes”, según la opinión de la autora.

«Lo mejoro con lo que sigue: «Toda yo soy opinión, y detrás de mí opinan mis lectores, que son muchos. Y hay una gran mayoría que siguen leyendo este diario por mí». Un poco pavera, lo reconozco, pero qué queréis, estoy dolida. ¿Para qué esta absurda escena? ¿No habría sido mejor que me hiciera despedir a través de un email, como a los otros?».

Asimismo, este libro profundiza en esa galería de olores y sabores que está ligada siempre al recuerdo: la humanidad hacinada del primer hogar, las prostitutas que eran vecinas de un barrio como el del Raval, el abandono por parte de un padre alcohólico y demasiado irascible... Ahí están los primeros siete años de una serie en la que Maruja, vehemente y anárquica pero realmente lógica, va saltando a lo largo del tiempo para dejar testimonio de sus circunstancias y de su evolución. Hasta llegar a ser la comprometida reportera que ha sido, y es, referente del periodismo bien hecho y mejor entendido. Precisamente a todos sus lectores y seguidores, que siempre han estado ahí, dedica la autora esta obra que no es más que un sincero y directo diálogo con ellos.

«Formo parte de ese grupo que pretende dejar mejorado el mundo al que asomó. No se consigue casi nunca. Es el camino lo que vale la pena. El camino. Pensé mucho en mi infancia, durante la tarde de primavera agrisada que me propongo reseñar de inmediato. Y en cómo me reinventé siempre que fue necesario. Aproximadamente, cada siete años».

El número 40 de Miguel Yuste será referencia obligada en cada capítulo: el paso de los diferentes directores, los compañeros añorados, la redacción como potente refugio del periodista, los diversos destinos... Como en su propia vida, parece que Maruja está obligada, cada siete años, a reinventarse. El hecho de desdoblarse termina por convertirse entonces en casi una necesidad, un reto que es a la vez un verdadero placer. Son momentos para recordar su paso por Beirut y todas las mujeres que allí fue, para evocar sus calles, los grandes amigos compartidos y el miedo de encontrarse atada a una bella ciudad sitiada entre dos fuegos. Barcelona o Panamá también fueron hogares alternativos a una redacción que ahora ya solo le produce triste indiferencia... *«Llueve en mí por la ausencia de dolor. Que El País ya no signifique nada para mí. El desapego que siento no es repentino, ha sido fraguado decepción tras decepción».*

«Soy mujer de reacciones rápidas, espontáneas, que pueden acarrear complicaciones, pero no dolores de conciencia ni arrepentimientos, porque suelo decir lo que pienso y me resulta imposible, a estas alturas, desdecirme de las verdades».

Un balcón desde el que mirar

El arte de la desobediencia se aprende pronto.

La protagonista de este libro es realmente una mujer inigualable. Independiente, libre y dispuesta en todo momento a reinventarse, no duda llegado el momento, en ampliar sus perspectivas y buscar nuevas posibilidades. Su rebeldía no es, sin embargo, una herencia familiar, sino más bien una reacción instintiva contra el carácter de su madre. La señora Lola Manzanera, aunque de armas tomar, asume un papel de víctima aplastada por el mundo –y por un marido de malas copas y peor trato–, que su hija se niega a imitar. Contra esa resignación y triste sumisión se rebela Maruja desde que tiene uso de razón. Da la impresión de que, en el fondo, es a esa dócil madre a quien debe su actitud inconformista ante la vida y sus circunstancias.

«Tardé años, varias temporadas en análisis y la escritura de una novela en comprenderla, en pechar con ese vacío que deja tener que perdonar a quien nunca pudo hacer nada, ni se le ocurrió hacerlo, para evitar que su amargura chorreara de su falda mientras se le secaban cuerpo, el alma y las perspectivas».

Con catorce años Maruja no solo empezó a trabajar, sino que también soportó dos muertes: la de su padre ausente y la de su querido tío... Se iba alguien malo, pero también se le iba una persona buena. Con esa edad empezó a leer autores que la deslumbraron (Sartre, Camus, Simone de Beauvoir) y también a frecuentar sus primeras amistades dentro del mundo intelectual; Amparo Miera, Terenci y Ana María Moix, Pere Gimferrer, etc. Amigos leales que le descubrieron otro mundo a través de los libros y del cine, grandes refugios que la acompañarían siempre. Los sesenta todavía eran momentos de educación en la superioridad masculina, pero ya empezaba a vislumbrarse cierta libertad. Las relaciones abiertas de los setenta traen algunos disgustos como tener que afrontar un aborto y el fracaso del espejismo de una relación llena de engaños sentimentales. Son páginas muy emotivas de madurez y conocimiento en las que el cine y la literatura se convirtieron en refugio de la protagonista.

«Vivíamos juntos por libre elección, nos amábamos sin prejuicios y, por lo tanto, aquello iba a resultar sólido. Aquel era nuestro primer prejuicio. Confiar en que nuestra desobediencia innovadora sería premiada con la felicidad. Con la estabilidad: confundíamos ambas condiciones. Y lo único que se manifestó duradero fue el aburrimiento».

La historia de sus libros está ligada a la suya propia, a los momentos, las personas y los lugares. Pero estos trabajos vinieron después. Antes sufrió lo que hoy se llamaría un bullying que le obligó a replantearse sus ilusiones de ser reportera en conflictos. La opción pasaba por trabajar en otro medio, *Cambio 16*, que coincidió con el ataque cerebral de la señora Lola, su madre. Desolación y dolor volvieron a ocupar sus días. Capítulos de vida que en su marcha adelante y atrás en el tiempo, la autora intercala con imágenes de Beirut y de una época de amor gozoso a una profesión y a una ciudad... *«No hubo hombre alguno que superara en atracción duradera, ni en satisfacciones profundas, al periodismo. Ni hubo relación sentimental en mi vida—aunque sí se produjeron unas cuantas, esporádicas, fulgurantes y apasionadas— que hiciera sombra a la mía con Beirut»*.

Las reflexiones se siguen haciendo inevitables en una mujer cuya existencia se ha sustentado en la información contrastada y la opinión. Sobre la situación de crisis y de orfandad intelectual que vivimos no puede por más que lamentarse: *«¿Cómo no va a provocarme dolor el hundimiento deliberado de la educación y la cultura, en la España madrastra en que hoy nos toca mal vivir?»*. Ella que se crió en la falta de una educación formal se queja del poco valor que los jóvenes dan a la cultura, como si se tratase de algo superfluo en su formación. El sistema que, por otro lado, ya ha dado la patada a buena parte de los españoles, seguirá alentando a una pequeña parte de saqueadores en su vida de consumismo extremo... mientras, los demás aguantan lo que le echen. *«Tal como pinta el presente, en el futuro no solo seremos pobres. Seremos pobres de espíritu»*.

«Hoy más que nunca necesitamos mantenernos en contacto. Contra la brutalidad del poder, contra la desfachatez de la propaganda en los medios, contra la desinformación, contra la insensibilidad. Contra la ferocidad de las leyes, contra la deshumanización de la vida. Juntos, juntos, juntos».

Con independencia de las muchas transformaciones que ha experimentado el Raval, barrio de su infancia, y aunque sean otros los emigrantes que lo ocupan, sus metas serán las mismas que alimentaron aquellos charnegos del siglo pasado: *«Buscarse la vida. Ganarse el pan. Limpiar culos. Fregar suelos. Chupar pollas. Coser por las casas. Cepillar la madera. Poner ladrillos»*. Desde uno de esos balcones Maruja aprendió a mirar, paso indispensable para el oficio de narrar. Ella también ha ido cambiando, se ha vuelto a reinventar: la correspondencia electrónica, el universo de las redes sociales, las nuevas redacciones en las que anidar, otros lugares que descubrir y amar, viejos amigos que recordar...

Buscando ordenar su particular mapa de vivencias, Maruja hace un ejercicio de fidelidad y entrega total hacia sus lectores. Armada de su incansable capacidad

para reinventarse, se muestra más vital, contestataria y al mismo tiempo cercana que nunca. Su voz se alza impenitente, rigurosa, realista, a veces nostálgica o desilusionada, pero siempre brillante. Aquí, la escritora explota lo que mejor sabe hacer: contar lo vivido. Su maestría narrativa se hace entonces descarnada o crítica según busque la empatía personal o la reflexión más cruda. Escritora y periodista van juntas e inseparables en *Diez veces siete*, una invitación a la memoria difícil de rechazar.

«En eso se ha convertido mi adiós a El País, en turbina de arranque para este recorrido realizado una página tras otra, un párrafo siguiendo a otro, una línea entrometiéndose, cambiando el significado de la siguiente: perpleja a ratos, a ratos cabreándome, a menudo llorando, haciendo que me preguntara si valía le pena seguir, tocar nervio. Y siempre respondiéndome: sí».